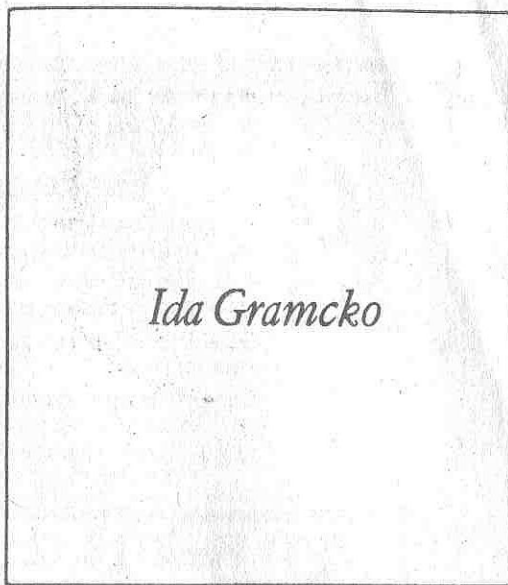


Con milenios y estrellas

HAY maneras de recuperar las edades perdidas. Eso puede plantearlo un poeta y alcanzarlo. Y lo ha hecho. Vicente Gerbasi ha formulado ese planteamiento y ha reconquistado la urdimbre soterrada de otras eras. En su libro último "Edades perdidas" el poeta se arroja el poderío de rescatar lo que parecía robarse la corriente del tiempo. Ha recuperado esa astilla encendida, resinosa, esa tea que arrastraban las aguas de la temporalidad. Y allí está, nuevamente, clavada y brillando sobre tierra. Pero, ¿cómo lo ha hecho? ¿De qué se ha valido este poeta nuestro, el inolvidable de "Mi padre, el inmigrante" y "Los espacios cálidos", para realizar tal cometido con éxito? Su conocimiento se iluminó con la imaginación. Días remotos, lejanos días de cueva e instrumentos rudimentarios, días distantes de caza y color vegetal bajo la piedra le sirven como medios para revivir viviendo lo que no es un pasado porque nada que se haya sentido y pensado hondamente es pretérito en el sentido de acabado y muerto.

El poeta se remonta a horas iniciales. Pues nuestra vida planetaria no cabe que sea reencontrada por una sucesión de sucesos. Se reencontra soñando, meditando. El; halo con que se rodean las criaturas y cosas de otros tiempos, o de los tiempos más antiguos, ese halo que está en lo pétreo grisáceo, en la pelambre de las bestias, en las zarzas oscuras, en el primigenio instrumento, borra todo anecdótico posible y quedan, alumbrados por la luz interior, las figuras y los objetos que son como otros tantos nimbos puestos sobre una estela. ¿Qué es lo que de antaño puede atraer y encantar y que no roba el tiempo? Precisamente aquello que hoy se encuentra en desuso, incontaminado de actualidad, aquel jirón de ropa ruda, aquel rincón granítico, aquellos pájaros enormes, en fin, aquella primeriza flor o aquella larga cabellera. Lo que no vemos ya, lo que no puede tocarse ni manipularse, lo no táctil, lo no palpable, un vigoroso o suave ensueño. Vicente Gerbasi ha ido en busca de lo milenario para dar con aquel clima de luces bárbaras y rojas, con aquella atmósfera genésica cubierta de sudor, de preciosos pedruscos, de "huesos de animales que se movieron entre el fuego y el agua". De allí, de aquellas osamentas extendidas como una rabiosa estalactita, de aquellos frutos agolpados entre el limo, la tierra húmeda y la fiebre, emana el bellísimo poema, superando lo temporal.

"Por las profundas fosas de los ojos



Ida Gramcko

pasan serpientes de milenaria lentitud".

La cueva se coloca bajo un mosto de sangre.

"En la memoria cavernaria de un invierno ensangrentado de oscuras cacerías".

Esa vivienda, devuelta desde los milenios, brilla ante nuestros ojos siendo cueva observada por la evocación, cueva fantasmagórica, cueva de un verde de berilo o cogollo al abrir, pero nunca cueva concreta.

"De la cueva

donde brillan cuernos de animales salvajes, sale el hombre con su mujer a ver el cielo azul

que tiene pieles de ovejas blancas".

Y de pronto pareciera que ese difícil peregrinaje por lo lejano, por lo que no puede palparse, desemboca en una mirada hacia los espacios, como si se recorrieran también nuestras medidas espaciales, todos los caminos del mundo junto con el recorrido por el tiempo. El universo es el nuevo problema. Si nos hemos alcanzado hasta el origen, es natural que interroguemos. ¿Qué somos?, es la pregunta que nace en el poeta que ha cruzado mil sendas. Ya no

se trata del espacio ni del amanecer o mediodía. Hemos atravesado etapas hasta toparnos con el principio, y hemos también, ahora, tocado ya la costra cósmica, erguidos ante los planetas.

"Allí comienza la melancolía, la recuperación del andar del hombre por el silencio de una arquitectura de astros".

El semblante se sumerge en lo galáctico.

"Reflejo que hunde mi rostro en los astros".

Y el alma, entonces indaga ante el panorama astral y se dice no tener término.

"donde el alma

no tiene comienzo

ni tiene fin

en el azul de los astros".

Dos líneas son suficientes, por su síntesis de hermosura, para que se logre un poema.

"Detrás de las nubes

la luna cambia el mundo".

Esta preocupación por la estrella, esta inquietud por las constelaciones, esto que descubre alma sin fin, comienza a establecerse sin que se diga directamente. Ya en un destello hay universo y hay interrogación.

"Frutas azuladas por luciérnagas".

Ese azul es ya un humo de astros, una vía láctea reiterativa, que se repite como el resplandor de su pregunta. No es difícil, para un poeta como Gerbasi, que el polvo secular, como polen de pátina, conduzca al cabrilleo de las noches hondas estrelladas y tampoco es difícil que éstas lleven a sus labios de sombra una indagación por el sentido y significación humanas.

Libro también como de esmalte por su trabajo con el embriagado color y al que habría que estudiarle la ardua intensidad. Porque justamente por el color Vicente Gerbasi aumenta lo intenso de su palabra. La intensidad que exalta los términos, el "muero porque no muero" de Juan de la Cruz, halla ahora un relieve distinto y singular en nuestro poeta.

"Me encuentre en una soledad de árboles secos cubiertos de campánulas azules".

Lo atezado, lo color de leña, de madera y corteza se equilibra felizmente con el azul agreste. Y habría mucho más que decir.